

Ciclo
B

Homilías

P. Antonio Rivero L.C.

Sacerdos.

Abril - Mayo - Junio
2018

No. 129

INTRODUCCIÓN

Saco a la luz mi segundo libro –ciclo B- sobre los comentarios a la liturgia dominical, con el anhelo de ofrecer alguna luz sobre la insondable riqueza que la Iglesia nos brinda cada domingo con los textos de la Sagrada Escritura.

Como dije en la introducción del libro del ciclo A, estos comentarios que presento no son propiamente homilías. Son sugerencias para que quien los lea pueda sacar algún provecho para su propia vida o para la predicación, en el caso de que sea un ministro sagrado –obispo, sacerdote, diácono-.

Me gusta siempre dar una sola idea tomada de las lecturas de ese domingo. Idea que suelo desarrollar y desentrañar en tres aspectos, donde trato de mezclar el aspecto kerygmático o de anuncio, en el que tanto insiste el Papa Francisco, aterrizando después discretamente en la parte parenética o moral, que tanto gustaba a san Pablo en sus cartas, después de haber presentado la riqueza insondable del misterio de Cristo. Así llevamos ese mensaje eterno salvífico a la vida de nuestros hermanos que nos oyen o nos leen.

Soy consciente de la importancia que tiene la homilía. ¡Cuántas veces el papa Francisco ha aconsejado, y casi diría, llamado la atención, a los sacerdotes para que preparemos muy bien la homilía! Dice en la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* lo siguiente: “La homilía es la piedra de toque para evaluar la cercanía y la capacidad de encuentro de un Pastor con su pueblo. De hecho, sabemos que los fieles le dan mucha importancia; y ellos, como los mismos ministros ordenados, muchas veces sufren, unos al escuchar y otros al predicar. Es triste que así sea. La homilía puede ser realmente una intensa y feliz experiencia del Espíritu, un reconfortante encuentro con la Palabra, una fuente constante de renovación y de crecimiento” (n. 135)...“debe ser breve y evitar parecerse a una charla o una clase” (n. 136).

Si estos comentarios que comparto aquí ayudan a más de alguno, me doy por satisfecho y agradezco a Dios la oportunidad de colaborar con mis hermanos sacerdotes a mejorar la homilía dominical y festiva.

P. Antonio Rivero, L.C.

PARA ENTENDER A SAN MARCOS, EVANGELIO QUE NOS ACOMPAÑARÁ ESTE AÑO DEL CICLO B

El evangelista que nos acompañará en este ciclo B será san Marcos. Es el evangelio más breve de los cuatro. Marcos centra todo su libro en la persona de Jesús, en su conducta, sus hechos y dichos, su personalidad, los conflictos que tuvo con las autoridades de su tiempo, su estrecha relación con los discípulos. No pretende sistematizar su doctrina, sino presentar su persona, sus reacciones e intenciones. Presenta a Jesús como una figura viva y humana, pero claramente como Mesías e Hijo de Dios. Y presenta también la vida de la comunidad cristiana: sus preocupaciones y dificultades, y sus esfuerzos por comprender y seguir a Jesús. Por eso presenta al Mesías que predica, que cura, que libera del mal, pero a la vez Mesías que es perseguido y humillado, y que al final triunfará en su resurrección.

Retrata también, narrando la actitud de los primeros discípulos, el perfil de los buenos seguidores de Jesús. En todo el evangelio se describe la estrecha relación de Jesús con sus discípulos, a los que acompaña en su lento proceso de maduración y cambio de mentalidad, y a los que envía a una misión continuadora de la suya.

A estos discípulos, hombres y mujeres, los presenta Marcos como modelos para las generaciones siguientes. También nosotros, en el siglo XXI, nos vemos reflejados en ellos: personas de buena voluntad, que intentan creer y seguir a Jesús, pero débiles, lentos en comprender la identidad y las intenciones del Maestro y, en los momentos claves, cobardes y miedosos.

Seguir a Cristo es difícil, nos da a entender Marcos. Tenemos que aceptar la cruz. Hay que ser cristianos también en los momentos difíciles. Cruz que es el camino y medio para llegar a la luz de la resurrección.

El evangelio de Marcos nos interpela. No nos cuenta, para curiosidad histórica, qué pasó entonces. Sino que nos provoca continuamente a que pensemos: ¿y a mí qué me dice Jesús en este episodio, con estas palabras? ¿Qué debo yo cambiar para ser auténtico discípulo de Cristo?

Domingo de Pascua, Ciclo B

PRIMERA
LECTURA

Hech 10, 34.37-43

SEGUNDA
LECTURA

Col 3, 1-4

EVANGELIO

Jn 20, 1-9

Idea principal: Vivamos una vida pascual, pues hay en nosotros un deseo de ser inmortales.

Síntesis del mensaje: Pascua es mucho más que una fiesta o tiempo litúrgico. Es un estilo de vida, un modo de pensar, de sentir, de querer, de actuar, de hablar, que comienza aquí en la tierra y se prolonga en la eternidad. Pascua es compromiso a una vida nueva con Cristo Resucitado, que implica un morir al hombre viejo y un vivir según el hombre nuevo. Y este compromiso comenzó el día del bautismo. Y se prolonga en la eternidad.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, antes de la Pascua los apóstoles actuaban de modo muy humano en su vida. Pensaban con categorías humanas. Reaccionaban y se comportaban muy humanamente. Buscaban sólo las cosas de aquí abajo, como nos recuerda hoy san Pablo en su carta a los colosenses. Ahora entendemos tantos defectos de estos apóstoles de Jesús: sus envidias y ambiciones, sus riñas e intransigencias, sus flaquezas y debilidades, miedos y cobardías. La resurrección de Cristo les dio la fuerza, el coraje, la valentía que necesitaban para llevar una vida nueva de mayor entrega a los demás, una energía para el bien, mayor valentía en la lucha contra el mal, una fe y esperanza más firmes. Y después de la resurrección se lanzaron a ser testigos de la resurrección de Cristo por todo el mundo con osadía, hasta sufrir el martirio por Él.

Sí, por convencidos predicaron esa resurrección que ellos presenciaron; por predicarla, se la jugaron y, por jugarse la vida, la perdieron, dando su sangre por Cristo. Y ahora viven eternamente esa vida del Resucitado.

En segundo lugar, por la fuerza del testimonio y de la vida de estos apóstoles, tras ellos corrieron a la fe millones de todas las razas, siglos, culturas, continentes, civilizaciones...por dos mil años, como héroes. Y también cambiaron de vida. De una vida tal vez disipada, a una vida buena. De una vida buena, a una mejor. De una vida mejor, a una vida santa. Esto es vivir según la Pascua. Que hablen santa María Magdalena y san Agustín, que hablen santa Catalina de Sena y san Bernardo de Claraval; que hablen santa Teresa y san Ignacio de Loyola. Y que hable cada uno de nosotros. Cada año entramos en el sepulcro como san Juan: “vemos y creemos”. Y gracias a esa fe podemos vivir una vida nueva, por haber muerto al hombre viejo y pasional.

Finalmente, para quienes vivan como dijo el poeta alemán Hans Thomma: “*Vengo y no sé de dónde, soy y no sé quién, vivo sin saber cuánto, muero y no sé cuándo, marchó sin saber adónde, me maravilla ser feliz*”, yo sí les sé responder: Cristo resucitado da la respuesta; es más, Él es la respuesta. ¿Y si la resurrección es mentira? Confieso que no tengo una sola razón filosófica para rechazar esa ocurrencia, pero desafío a cualquiera a que me enseñe una para refutarla. ¿Y si la resurrección es verdad? Confieso que no tengo una sola razón filosófica para demostrarla, pero desafío a cualquiera a que me enseñe una sola para refutarla. Yo no tengo razones humanas. Pero tengo razón: los testimonios, vidas heroicas, muertes soberanas, de los testigos del resucitado. Y cuando doce hombres y, millones después, mueren por alguien es que mueren por algo: por la verdad. ¿Quién da más? Llevamos dentro el ansia de una vida nueva y el deseo de ser inmortales.

Para reflexionar: ¿Se nota en mí la vida nueva de Cristo resucitado? ¿En qué: en mis pensamientos limpios y nobles, en mis afectos ordenados y puros, en mis palabras sinceras y auténticas, en mis decisiones honestas y rectas?

Para rezar: Señor, que también yo dé testimonio de tu resurrección para que los que me rodean crean que Tú estás vivo y te sigan.

Domingo 2 de Pascua, Ciclo B



Hech 4, 32-35



1 Jn 5, 1-6



Jn 20, 19-31

Idea principal: Ver y tocar para creer.

Síntesis del mensaje: Tenemos que agradecer a Tomás ese querer ver y tocar para creer. Encontrarse con un resucitado no es de todos los días como para creerlo sin más. Y menos Tomás, el realista, que no se fiaba de su sombra, para quien un resucitado sería un fantasma de los corrientes.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, Tomás me cae muy bien, es de los míos: independiente, realista, desconfiado, segurón, escéptico...Lo que se dice, un hombre de hoy: científico (que pruebas son razones y no buenas afirmaciones), materialista (¡a vivir de los sentidos, que son cuatro días! O como decía mi padre, que en paz descansa, cuando el médico le quiso recetar una dieta espartana: *"Para tres días que vivimos, como lo que me da la real gana, y ya"*), pesimista (que el mundo va de cráneo y lo peor es siempre lo más seguro). Este Tomás es un tipo tan de hoy. Quiere meter los dedos en las heridas de las manos y del costado. Quiere pisar firme en su vida. No quiere ser ingenuo, ni tontaina, ni bobalicón, ni hablar por boca de ganso, como decimos en español. Quiere seguridades...¿y quién no? Tomás realmente era el portavoz de todos nosotros y de los demás apóstoles, que pensaban y esperaban, creían y dudaban, por igual. Todos pasaron y pasamos nuestras gripes de fe, ninguno cree a pies juntillas que Jesús era Dios. En cuanto le vieron en la cruz decidieron: *"Esto ha sido una equivocación; todos a casa, al lago, las redes y las barcas"*.

En segundo lugar, ese Tomás, sí dio el salto a la fe. Tomás también creyó. Creyó, pero dolorosamente. Por su carácter segurón se había construido un fortín y allí dentro vivía, sin puerta ni ventanas a la esperanza, la ilusión, la sorpresa, el futuro... no fueran a colársele la desilusión, el fracaso, el sufrimiento. Tenía miedo a creer. Sí creía, pero altaneramente. Tomás creía y les ponía difícil la fe a los demás após-

toles y a nosotros. Nuestra fe no puede ser bobalicona e ingenua, irracional y simplona. ¿Cómo nos propone Tomás a Cristo? Nos lo propone como un Señor vivo ... “con heridas”. Sin saberlo, el descreído Tomás (perfecto símbolo de todos nosotros) nos ha mostrado un itinerario de fe que se sale de lo imaginado. A Jesús no lo reconocemos mediante argumentos impecables. Ni siquiera a través de milagros llamativos. A Jesús lo reconocemos ... por sus heridas. Sólo cuando metemos la mano en ellas reconocemos que está vivo, que no es un cuento.

Finalmente, a este Tomás y a todos los que somos como él, Jesús nos dice: *“Déjate de ti, que eres sólo hombre, y atiéndeme, que soy Dios. Déjate de experimentos y pruebas, que la fe, siendo racional, no es racionalista ni de laboratorio. Déjate de echarle tanta cabeza y échale más corazón, que por ahí va la fe: en esto de la fe, como en lo otro del amor, ‘el corazón tiene sus razones, que la razón no conoce...Es el corazón el que siente a Dios, y no la razón. Y eso es precisamente la fe: Dios sensible al corazón, no a la razón’ (Pascal)”*. ¡Dichoso el que así se fía del corazón y así se fía de Dios! ¡Dichoso el que, con verle, se fía de Dios, que nunca dejó a nadie en la estacada. Tú, que dudas, ven al que no duda: que dudas de Dios, ven a Dios que no duda del hombre!

Para reflexionar: *“Señor mío y Dios mío”*. Después de ese profundo acto de fe, Tomás se fue a propagar el evangelio, hasta morir martirizado por proclamar su fe en Jesucristo resucitado. Preciosas dudas de Tomás que obtuvieron de Jesús aquella bella noticia: *“Dichosos serán los que crean sin ver”*. Caminemos de la mano de Tomás, metamos nuestros dedos en las muchas heridas que el Crucificado sigue teniendo hoy, en nuestros hermanos pobres y necesitados, como ama decir el papa Francisco: *“Tocar la carne de Cristo en el pobre”*. ¿De qué heridas estamos huyendo? ¿Por qué caminos falsos estamos buscando al Resucitado? Y, curados del escepticismo por la fuerza del sufrimiento, tal vez podamos rendirnos al misterio del Señor que se niega a revelarse en una ecuación matemática, pero que se siente muy a gusto escondido en las células agresivas de un cáncer terminal y en los repliegues de una depresión.

Para rezar: Señor, creo, pero aumenta mi fe. Señor, quiero meter mis dedos en tu costado, en los sacramentos y en mis hermanos más necesitados.

Domingo 3 de Pascua, Ciclo B



Hech 3, 13-15.17-19



1 Jn 3, 1-2



Jn 10, 11-18

Idea principal: La Pascua nos compromete a una vida nueva en Cristo Jesús, vivo y glorioso entre nosotros.

Síntesis del mensaje: Vida nueva que implica arrepentirnos de nuestros pecados y convertirnos (1ª lectura). Vida nueva de santidad, gracias al perdón de los pecados ofrecido por Cristo como víctima de expiación por nuestros pecados (2ª lectura). Vida nueva que tenemos que transmitir a nuestros hermanos para que vuelvan también a Dios (evangelio).

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, la Pascua supone un encuentro con el Cristo resucitado y glorioso, a través de la Iglesia, a través de la carne de nuestro hermano en quien palpita la vida divina y a través de los sacramentos, donde dejó su huella invisible y regalos visibles que el Cristo Pascual nos dejó para derramar y compartir con nosotros la vida divina. El cristianismo es justamente el encuentro con una persona viva, Jesucristo, a quien el Padre resucitó venciendo las ataduras del pecado y de la muerte. Ahora bien, el encuentro con Cristo resucitado pide de cada uno de nosotros vivir la vida nueva que Cristo ganó con su muerte y resurrección. Vida nueva que implica arrepentirnos de nuestros pecados, causantes del sufrimiento y muerte de Cristo Jesús; implica dejar nuestra vida antigua y mundana, como tantas veces nos pide el papa Francisco. Este arrepentimiento nos llevará a arrodillarnos ante el sacramento de la Penitencia, donde la sangre de Cristo nos lava, nos purifica, nos santifica y vuelve a brillar en nosotros la vida nueva del Resucitado.

En segundo lugar, esta vida nueva nos lanza a una vida de santidad, que no significa ser inmaculados, sino una lucha contra el pecado en nuestra vida. San Juan en la

segunda lectura de hoy nos urge a que no pequemos. El pecado ofende a Dios, ¡qué ingratitud para con nuestro Padre Dios! El pecado ofende a Cristo, ¡qué pena para nuestro Amigo y Redentor! El pecado ofende a la Iglesia, ¡qué falta de amor filial! El pecado ofende nuestra dignidad cristiana, ¡qué vergüenza! Cristo se inmoló como víctima de expiación por nuestros pecados. Por tanto, Él ya destruyó el pecado con su muerte. Lo que tenemos que hacer es cumplir con amor y por amor los mandamientos de Dios, seguirá diciendo san Juan en su carta. Cumpliendo sus mandamientos y nuestros deberes del propio estado estamos demostrando la vida nueva en nosotros.

Finalmente, la vida nueva no podemos guardarla para nosotros. Tenemos que transmitir a nuestros hermanos esta vida nueva, para que todos los que pasen a nuestro lado también experimenten los efectos de la vida de Cristo resucitado a través de nosotros, de nuestro testimonio y de nuestra palabra. Somos testigos ante el mundo de que Cristo vive, de que ha resucitado, de que está presente en su Iglesia y en cada uno de nosotros que tratamos de llevar una vida santa, llena de caridad y justicia. Así hizo Ignacio de Loyola con Francisco Javier cuando estudiaban en París. Así hizo José Anchieta con los indios cuando vino al Brasil en el siglo. Así hizo Juan Bosco con esos muchachos a quienes les enseñaba artes y ciencia, y por eso gritaba “dame almas, Señor, y quítame lo demás”. Así hizo el cura de Ars al llegar a su parroquia, después de años abandonada al pecado y a la disolución de costumbres. Y así hacen tantos misioneros y misioneras, consagrados y laicos, convencidos de Cristo que se lanzan a predicar el mensaje evangélico, para que nadie quede fuera de la salvación traída por Cristo Jesús, con su muerte y resurrección.

Para reflexionar: San Pablo resume así la vida nueva de quien ha resucitado con Cristo: *“Seréis así limpios e irreprochables; seréis hijos de Dios sin mancha en medio de una generación mala y perversa, entre la cual debéis brillar como lumbreras en medio del mundo, manteniendo con firmeza la palabra de vida”* (Flp 2, 15-16).

Para rezar: Señor, revísteme de tu vida nueva. Que luche cada día con todo mi ser contra el pecado. Y que contagie a mi alrededor esta vida nueva de santidad.

Domingo 4 de Pascua, Domingo del Buen Pastor



Hech 4, 8-12



1 Jn 3, 1-2



Jn 10, 11-18

Idea principal: Jesús es nuestro Pastor.

Síntesis del mensaje: Ante la inminente beatificación de Monseñor Oscar Romero, resumo el mensaje de este domingo con sus palabras a unos meses de ser asesinado celebrando la santa misa: “Como pastor de esta comunidad, estoy obligado a dar la vida por quienes amo, que son todos los salvadoreños, aun por aquellos que vayan a asesinarme. Si llegaran a cumplirse las amenazas de muerte, desde ahora ofrezco a Dios mi sangre por la redención y por la resurrección de El Salvador”.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, cuando Jesús se define como el buen Pastor está diciendo lo que Homero decía de Agamenón y Jenofonte de Ciro: “*Yo soy el conductor de los hombres, el dirigente de las naciones, el salvador del mundo*”. Y cuando Jesús añade que todos los demás pastores son unos “asalariados” está diciendo que muchos por ahí que se dicen pastores, guía de pueblos y naciones, dirigentes de comunidades, tanto políticos como religiosos, son unos arribistas, trepadores y galguedores del dinero, de la vanidad y del poder. Ahora entendemos mejor algunas duras expresiones del papa Francisco cuando recuerda con harta frecuencia al clero para que no seamos mundanos, no busquemos honores, ni prestigios. Y cuando termina Jesús con que, los tales asalariados, en cuanto ven las orejas al lobo, dejan las ovejas y huyen, está dando una descarga durísima contra los jefes políticos y religiosos de su tierra, de su tiempo, de todas las tierras y tiempos de la historia. Basta ver el panorama mundial: ¡quién se enfrenta al lobo del relativismo y consumismo, a la hiena de la malversación de fondos y corrupción, al zorrillo de la ideología del género y manipulación genética! ¡Quién enfrenta a esos gobernantes sin escrúpulos que prometen el oro y el moro, y después nos salen con sus enjuagues y se quedan con la poltrona, el oro y el moro!

En segundo lugar, Cristo sí es el buen Pastor, el único Pastor auténtico, el único dirigente honesto y cabal, ejemplo para todos los que tienen una misión de pastorear en la Iglesia, en la sociedad y en las comunidades. A todos los dirigentes de ayer, de hoy y de mañana Cristo Pastor les está diciendo varias cosas: que vivan para su rebaño y no de su rebaño; que cuiden su rebaño y no su sola parcela familiar y sus fans de amigos; que defiendan su rebaño de todo tipo de lobos ideológicos; que esté dispuesto a dar la vida por su rebaño, si fuera necesario, dando a todos trabajo, salud, educación, y evitando en sus vidas la opulencia y el despilfarro, las ganancias desorbitadas, los sueldos escandalosos de funcionarios y parlamentarios centrales o autonómicos, los chalets de lujo, las vidas de sultanes...Cristo, único Pastor les grita que tienen que servir y no querer siempre ser servidos.

Finalmente, Cristo Pastor también tiene palabras serias para quienes tenemos una misión en la Iglesia como sacerdotes. Que no seamos funcionarios, ventanilla y “vuelva usted mañana”. Que no seamos burócratas de las cuentas y el papeleo, administrador mecánico de la palabra de Dios y sacramentos rutinarios o postineros, arribista y ansioso de medros y prebendas, que hizo la carrera eclesiástica y a veces hasta el carrerón. Que conozcamos, amemos, alimentemos, defendamos y demos la vida por nuestras ovejas, que no son nuestras, que son de Cristo. Que seamos auténticos sacerdotes pastores, y no sacerdotes secularizados que entienden más de cine y deportes que de Dios, que encabezan reuniones y huelgas, pero no se arrodillan ni estudian ni enseñan a rezar a sus ovejas. Que seamos pastores cuya autoridad nos viene de Cristo para hacer crecer a las ovejas y llevarlas a Él, y no que fustigamos las ovejas con el látigo del autoritarismo. Nuestra autoridad es de servicio y no de mando.

Para reflexionar: Reflexionemos en este poema-soneto de Lope de Vega:

*Pastor que con tus silbos amorosos
me despertaste del profundo sueño,
Tú que hiciste cayado de ese leño,
en que tiendes los brazos poderosos,*

*Vuelve los ojos a mi fe piadosos,
pues te confieso por mi amor y dueño,
y la palabra de seguirte empeño,
tus dulces silbos y tus pies hermosos.*

*Oye, pastor, pues por amores mueres,
no te espante el rigor de mis pecados,*

*Pues tan amigo de rendidos eres.
Espera, pues, y escucha mis cuidados,
pero ¿cómo te digo que me esperes,
si estás para esperar los pies clavados?*

Para rezar: Señor Jesús, Pastor, reviste mi corazón de las virtudes que adornaron tu vida de pastor: mansedumbre, bondad, ternura, desprendimiento, sacrificio, fortaleza, firmeza para poder llevar tu rebaño hasta el cielo.

Domingo 5 de Pascua

PRIMERA
LECTURA

Hech 9, 26-31

SEGUNDA
LECTURA

1 Jn 3, 18-24

EVANGELIO

Jn 15, 1-8

Idea principal: Cristo es la Vid o Cepa, nosotros los sarmientos.

Síntesis del mensaje: la imagen de la vid es constante en la Biblia. La relación de Israel con Dios es presentada con esta comparación. La vid alimenta los ramos, les da vida. Por los ramos corre y circula la savia, formada por agua y compuestos nutrientes. La savia transporta el alimento para los sarmientos. Cristo es la Vid y la savia de la Iglesia, de nuestras comunidades y de nuestra alma (Evangelio). Y los frutos de esos sarmientos unidos a la Vid son: la caridad (2ª lectura), la valentía en la predicación para que otros se injerten a esa Vid que es Cristo (1ª lectura).

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, la viña era el emblema nacional para Israel, que lo mismo iba en el escudo guerrero de los macabeos –héroes de la resistencia palestina contra Siria en el siglo II a.C- que colgaba en el templo de Jerusalén. En el vestíbulo del Sancta Sanctorum colgaba una gigantesca vid de oro y la ilusión del judío emigrante, peregrino o turista, era llegar un día con un puñado de oro para añadir una uva a aquel racimo, una hoja, un zarcillo, un sarmiento...a aquella vid. Fue en este contexto agrícola y ampelográfico, cultural y cultural cuando Jesús dijo: “Yo soy la vid, vosotros los sarmientos”, “sin mí no podéis hacer nada”, y todos entendieron. ¿Nosotros también? Lo entendió san Juan, que en sus escritos repite 24 veces y san Pablo hasta 164 veces la frase o su equivalente insertados e injertados “en Cristo Jesús”, pues fuera de Él, nada, nada de nada. ¿Lo entendemos nosotros, colonos de la viña mística, que es la Iglesia, sarmientos vivos de la Vid inmortal, que es Cristo? ¿Nosotros, por cuyos vasos cribosos y liberianos corre la savia divina, que arrastra en emulsión la gracia sobrenatural, que es la vida de Dios?

En segundo lugar, ¿sarmientos unidos o desprendidos de la Vid-Cristo? Desenlace distinto y distante. Los sarmientos unidos a esa Vid-Cristo, darán mucho fruto. Fue

el día de nuestro bautismo cuando nuestros ramos se unieron a esa Vid-Cristo. Desde ese día comenzó a fluir en todo nuestro organismo la savia divina, la vida de Dios, con los nutrientes de la fe, de la esperanza y de la caridad. Nuestro sarmiento necesita más savia, es decir, vida divina, para que crezca, se desarrolle y obtenga los tallos, las ramas, las hojas y los frutos esperados. Esta savia nos viene inyectada en la participación de los sacramentos, sobre todo en la Eucaristía. ¿Qué frutos? Frutos en la vida personal son las virtudes. Frutos en la vida familiar: unión, diálogo, respeto, fidelidad, educación de los hijos. Frutos en la vida profesional: honestidad, rectitud, responsabilidad. Frutos en la vida pastoral: interés por las personas, apertura a los diversos grupos, movimientos y carismas, colaboración mutua, compromiso con la evangelización. Pero los sarmientos desprendidos de esa Vid-Cristo, morirán. El sarmiento se desprende de la Vid-Cristo cuando peca. ¿Qué pasa? El pecado mortal impide totalmente la irrigación sobrenatural y nos convierte en una rama seca y estéril. ¿Y para qué sirve una rama seca sino para tirarla al fuego de la inutilidad? Las faltas veniales, las imperfecciones y mediocridades constantes son como una arteriosclerosis que endurecen poco a poco nuestro corazón por falta de irrigación, pues las arterias del alma se vuelven rígidas y gruesas, dificultando la circulación sanguínea de la vida divina.

Finalmente, tiene que quedar bien claro que los sarmientos más fructíferos serán podados para que den más fruto. Es una paradoja que no podemos entender. Dios a veces la quiere y la permite. Es curioso repasar la vida de los santos: cuanto más santos, más podas y pruebas tenían, físicas, morales y espirituales. Dios los podaba para que dieran más fruto. Probó a santa Teresa de Jesús y a san Juan de la Cruz, y cómo. Probó y podó a santa Teresita de Lisieux. Probó y podó a san Juan Bosco. Probó y podó al santo padre Pio de Pietrelcina. Probó y podó a san Juan Pablo II. Gracias a esa poda, caen de nosotros las ramas inútiles, los retoños que dificultaban al paso triunfal de la savia de Cristo, las hojas secas de nuestra voluntad propia, de nuestros deseos vacuos, infantiles y caprichosos. Ante las podas, paciencia. Y mirar a Cristo que fue podado hasta el final de su vida: abofeteado, pisoteado, hecho gusano por nosotros en la cruz. Y al final dio el fruto de los frutos: la salvación eterna de la humanidad y la reconciliación con su Padre celestial.

Para reflexionar: ¿Estoy unido a Cristo-Vid en la oración, en la Eucaristía? ¿Qué pámpanos está dando mi sarmiento? Cuando he tenido la desgracia de desprenderme de esa Vid, ¿he acudido a la confesión donde recibiré de nuevo la irrigación de la vida divina perdida por el pecado? ¿Me dejo podar por Dios para que mi sarmiento produzca mejor fruto o me rebelo? ¿Ofrezco a mis hermanos los frutos de mis sarmientos?

Para rezar: Señor, aprieta mi sarmiento a tu Vid para que cada día tu vida divina invada todo mi ser. Señor, manda tu lluvia del cielo para que siempre esté verde mi sarmiento y crezca. Señor, no tengas miedo a la poda, porque así me desprenderás de todos los zarcillos inútiles.

Domingo 6 de Pascua

PRIMERA
LECTURA

Hech 10, 25-26. 34-35. 44-48

SEGUNDA
LECTURA

1 Jn 4, 7-10

EVANGELIO

Jn 15, 9-17

Idea principal: Vivencia de la caridad.

Síntesis del mensaje: El mandamiento nuevo que Cristo nos dejó es éste: “Amaos los unos a los otros, como Yo os he amado”. Es un imperativo, no una opción. No hay límites ni exclusión (1ª lectura). Y la medida está clara: como Cristo (evangelio).

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, consideremos la caridad y el amor que nos ha tenido y nos tiene Dios. Características: amor sin frontera, universal, eterno, infinito, sin arrepentimientos y gratuito. Manifestaciones: nos creó por amor; nos conserva por amor; nos cuida con su providencia por amor. Me atrevo a encararme con este Dios rico en misericordia, para que no caiga en ingenuidad y abusemos de él. Tú, oh Dios, ¿es posible que creas que tu amor hace mella en el hombre y en la mujer de estos tiempos? En el pasado más creyente, piadoso y practicante, ¡vaya! Pero, ¿no te equivoque de calendario, con perdón? Yo, como un nuevo Abraham (cf. Gen 18) vuelvo a preguntar a Dios infinito en su amor: Dios, ¿tu amor hace feliz al hombre y a la mujer de hoy, enfrascado en otras cosas más importantes de la vida que en estar mirando hacia arriba? Si esto fuera el paraíso terrenal, ¡pase! Oh, Dios, ¿te interesa tu amor a los hombres de esta sociedad, gobierno y Estado laicos? Si los ciudadanos fuéramos ángeles, los políticos arcángeles, el gobierno un querubín y el presidente un serafín, ¡vaya! Pero....Pues sí, a pesar de esas preguntas casi blasfemas tenemos que decir: sí, Dios nos quiere a su estilo eterno, glorioso, infinito; es decir, como Dios manda, como Dios es. Nadie puede dudar del amor de Dios para con nosotros, sus criaturas, sus hijos, sus amigos.

En segundo lugar, consideremos la caridad que nos ha manifestado Cristo Jesús. Características: amor personal, apasionado, misericordioso, paciente. El Hijo de

Dios por amor dejó el cielo sereno y bajó a esta tierra que no lo recibió y lo trató con desprecio. Por amor pasó haciendo el bien por nuestro mundo, predicando, sanando, enseñando, derramando la ternura de Dios. Por amor afrontó los sufrimientos sin cuento y sin cuenta durante las horas de su amarga Pasión. Por amor nos hizo estos regalos el día del Jueves Santo: la Eucaristía, el Sacerdocio y el Mandamiento de la caridad. Y el Viernes Santo abrió su costado y nos ofreció el perdón, su madre Santísima, la fundación de la Iglesia y los sacramentos. Por amor, ya resucitado, nos envía el día de Pentecostés su Santo Espíritu que nos explicará todo con paciencia y bondad, y nos santificará. Y desde el cielo, por amor, será nuestro eterno intercesor y mediador ante el Padre para que todos nos salvemos. Cristo fue, es y será la caridad visible del Padre eterno e invisible. Cristo nos marcó la medida de la caridad: como Él nos amó. Por tanto, sin medida. Y no dejó una opción, sino un imperativo: “Amaos unos a otros”.

Finalmente, consideremos la caridad que nos debemos tener entre nosotros. En esto demostramos que somos cristianos, seguidores de Cristo. Con la caridad y el amor elevaríamos este mundo. Con este amor divino metido en nuestro corazón construiríamos familias espléndidas, comunidades unidas. Acabarían las guerras y las hambres y los crímenes y los odios y las venganzas. Y habría paz, alegría, convivencia. No, este amor del que hablamos no es el amor que cacarean algunos de los enamorados desde el palo más alto del gallinero de sus ingenuidades. No es el amor del niño que para conseguir sus dulces y pasteles le dice a papá que lo ama. No es el amor que susurran a veces algunos maridos para conseguir las relaciones íntimas y sagradas –a veces sin el verdadero amor- con su esposa que sí esperaba algo más que eso. No es el amor del que da para recibir a cambio. No. El amor cristiano es otra cosa y tiene unas características bien precisas enunciadas por san Pablo en su primera carta a los Corintios en el capítulo 13: amor paciente, servicial, sin envidia ni apariencias, sin orgullo ni bajeza, sin ira y sin interés de por medio; amor que todo lo perdona, que no se alegra con el mal del prójimo y siempre disfruta con el triunfo del otro. Amor que todo lo aguanta, lo cree, lo espera, lo soporta.

Para reflexionar: Si es verdad que al final de la vida seré juzgado de cómo viví la caridad con Dios y mis hermanos, ¿voy desde ahora preparando ese examen final? ¿Cómo es mi amor con los hermanos: universal, delicado, paciente, misericordioso? ¿Tengo “ghettos” en mi corazón, es decir, grupos cerrados donde no pueden entrar otras personas? ¿A quién no ha alcanzado todavía mi caridad cristiana? ¿Por qué?

Para rezar: Señor, dilata mi corazón para que pueda amar con las mismas entrañas con que Tú amas. Señor, perdóname tanto egoísmo y cerrazón de corazón. Señor, dame tu caridad y eso me basta.

Solemnidad de la Ascensión del Señor



Hech 1, 1-11



Ef 1, 17-23



Marcos 16, 15-20

Idea principal: El misterio de la Ascensión del Señor al cielo.

Síntesis del mensaje: La Ascensión confirma lo que las apariciones del resucitado demuestran: que Jesús es el único Señor y Creador resucitado de entre los muertos, y que asciende para recibir su Reino (san Ireneo). Cuarenta días después de la Resurrección -según el libro de los Hechos de los Apóstoles-, Jesús asciende al Cielo, o sea, retorna al Padre que lo había enviado al mundo. En muchos países este misterio se celebra no el jueves, sino hoy, el domingo siguiente. La Ascensión del Señor marca el cumplimiento de la salvación iniciada con la Encarnación.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, ¿quién asciende al cielo? El mismo que vino en carne mortal, Jesús. Vino a la tierra para excitar con su presencia nuestro amor. Y después se ha ido para que lo busquemos con nostalgia, como un imán necesita tomar distancia para poder atraer hacia sí. Asciende Cristo que es Cabeza de la Iglesia y con Él asciende una parte de nosotros, la humanidad que Él nos “robó”. Asciende con el mismo cuerpo que en su vida terrena, pero ahora glorioso. Nuestra pobre naturaleza humana se eleva sobre los ángeles al cielo con Él, al trono de Dios. También nosotros ascenderemos. Por eso este misterio glorioso es motivo de un gran gozo interior, que nos hace más llevadera la vida con sus dolores y sufrimientos. San León Magno explica que con este misterio “se proclama no solamente la inmortalidad del alma sino también la de la carne. Hoy de hecho no solamente estamos confirmados como poseedores del paraíso, sino también hemos penetrado en Cristo en las alturas de los cielos” (De Ascensione Domini, Tractatus 73, 2.4). La Ascensión nos dice que en Cristo nuestra humanidad es llevada a las alturas de Dios; así cada vez que rezamos, la tierra se une con el Cielo. Y como el incienso cuando se quema hace subir hacia lo alto su humo suave y perfumado, así cuando elevamos al Señor nuestra fer-

vorosa oración llena de confianza a Cristo, esta atraviesa los cielos y alcanza el Trono de Dios, y es por Él escuchada y satisfecha

En segundo lugar, ¿por qué y para qué asciende? Porque ya cumplió su misión en la tierra y ahora, comienza su misión de mediador sentado a la diestra de su Padre Dios. Dios Padre lo entronizó como Rey para que presida la historia desde el trono celestial. Sentado está, como símbolo del guerrero que descansa después de su victoria. No se fue para alejarse de nuestra pequeñez, sino para que pusiéramos nuestra esperanza en llegar, como miembros suyos, a donde él, nuestra cabeza y principio, nos ha precedido. La Ascensión no es anuncio de una “ausencia”, sino de una “presencia”. Como dice el prefacio I de la Ascensión: “No se ha ido para desentenderse de este mundo”. Sigue presente, con una presencia misteriosa e invisible, más real incluso que la física o geográfica que tenía antes de su Pascua. Está presente también con otro protagonista, también invisible, el Espíritu Santo, a quien Jesús ha prometido enviar como “fuerza de lo alto” y cuya venida sobre la Iglesia celebraremos de un modo especial el domingo que viene.

Finalmente, ¿qué tarea nos deja a nosotros? Si por una parte dejó tristes a los apóstoles y a nosotros, pues ya no lo veremos con los ojos corporales, por otra, nos dejó una tarea bien concreta. La tarea que nos encomendó fue: “Id por todo el mundo, anunciad el evangelio a toda la creación. El que crea y se bautice se salvará. El que no crea se condenará”. Por tanto, el misterio de la Ascensión trae consigo el mandato de la evangelización, es decir, ir por todo el mundo anunciando su evangelio de salvación. Por tanto, aunque Cristo está sentado a la diestra del Padre, la Iglesia está en pie, de misión, con el Evangelio y la Eucaristía en las manos. No podemos quedarnos mirando el cielo, como aquellos varones galileos. Este misterio de la evangelización va desde el misterio de la Ascensión a la Parusía, es decir, hasta cuando vuelva de nuevo en su gloria, en la segunda venida. ¿Que nuestra predicación provoque expulsión de los demonios, el don de las nuevas lenguas, la invulnerabilidad a peligros físicos? Jesús nos lo prometió en el evangelio de hoy. Y yo lo creo. ¡Cuántos demonios salen gritando del alma a quienes predicamos! ¡Cuántos nos entienden al ir a lugares inhóspitos donde hablan otras lenguas! ¡De cuántos peligros nos salva el Señor a quienes somos sus evangelizadores!

Para reflexionar: ¿Anhele el cielo o la tierra? ¿Pienso más en el cielo o en la tierra? ¿Luchó por llegar a ese cielo prometido donde me está esperando Cristo? ¿Me interesa que todos lleguen a ese cielo o me es indiferente que haya gente a quien no le interesa mirar hacia arriba?

Para rezar: Señor, gracias por abrirnos las puertas del cielo y haber entrado con tu humanidad. Espérame a la puerta cuando también yo resucite. Que mis ojos miren siempre hacia el cielo, pero con mis pies calzados y firmes en la tierra, para llevar tu mensaje de salvación.

Solemnidad de Pentecostés



Hech 2, 1-11



1 Co 12, 3b-7.12-13



Jn 20, 19-23

Idea principal: Yo creo en el Espíritu Santo, que es Dios.

Síntesis del mensaje: Creo en el Espíritu Santo, Señor y Dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas y conduce la Iglesia hacia la verdad completa, y a las almas de los hombres hacia la santidad, siempre y cuando le hayan abierto la puerta y dado posada como Huésped divino.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, un poco de historia del dogma sobre el Espíritu Santo. De mayo a julio del año 381, el emperador Teodosio I reunió en Constantinopla a 185 obispos de Oriente y Occidente. 185 obispos: 150 a favor y 36 en contra del Espíritu Santo. Los 36 decían: el Espíritu Santo no es Dios. Los 150: es Dios. El concilio dijo: el Espíritu Santo “cum Patre et Filio simul adoratur et conglorificatur” (“reciba una misma adoración y gloria”) y, por tanto, es Dios que procede del Padre y del Hijo. Dicho concilio condenó y excomulgó, y el emperador desterró y expropió templos e impuso al imperio el Credo nicenoconstantinopolitano, el mismo que hoy rezamos en las iglesias desde hace 1.400 años. ¡Tantas luchas y concilios costaba fundar el linaje de los cristianos, tantas herejías y condenas, montar pieza a pieza, dogma a dogma, el Credo en que vivimos, rezamos y morimos!

En segundo lugar, el Espíritu Santo tiene larga biografía en el Antiguo y Nuevo Testamento. Desde la primera página del Génesis ya se nos dice de la existencia eterna del Espíritu que “aleteaba sobre las aguas”. Él fue quien equipó de fe al patriarca Abraham y le envió de misionero a tierras idolátricas; equipó de fuerza a Sansón, de astucia a Judit. El Espíritu Santo hizo visionario de futuros a Isaías que anunció

la encarnación de Dios; el que ungió a David como rey; el que inspiró a Ezequiel la promesa de Dios de quitarnos el corazón de piedra y ponernos un corazón espiritual. Y digamos algunos episodios del Nuevo Testamento para no hacerlo largo: el Espíritu Santo convence a María de Nazaret a que sea madre de Dios; y conduce a Jesús al desierto; el que contagia y reviste a los apóstoles de osadía y fuerza para ir por todo el mundo a predicar el evangelio, testimoniando su fe con su sangre. ¿Habría mártires sin el Espíritu Santo? ¿Habría vírgenes que se consagrarían a Cristo en cuerpo y alma? ¿Habría hombres que dejarían todo para configurarse con Cristo, Cabeza y Pastor? ¿Habría laicos bien comprometidos con la causa de la Iglesia y de la evangelización sin el Espíritu Santo? Por tanto, el Espíritu Santo es el protagonista de la historia sagrada y eclesial. El Espíritu Santo dirige los destinos de la Iglesia por los siglos y siglos.

Finalmente, por eso, yo hoy en este día de Pentecostés quiero reafirmar mi fe profunda y sólida en el Espíritu Santo, que es el Espíritu de Cristo: espíritu de justicia, dignidad, verdad, santidad, gracia. Y porque lo necesito, yo creo en el Espíritu de la Iglesia con su programa de amor contra el egoísmo campante, avasallador y pagano; de la verdad eterna contra el error vocinglero y ensordecedor; de la virtud contra el pecado demoledor y camuflado. Yo creo en el Espíritu de Dios, que cada mañana habla con mi espíritu de hombre y le aconseja, le corrige, le insinúa, le manda, le prohíbe, le tonifica, le enseña a tasar y discernir bien estas cosas del corazón, el cuerpo, las lágrimas y las risas, de los estados terminales del alma, la gloria, la eternidad y Dios.

Para reflexionar: ¿cómo es mi relación con el Espíritu Santo en mi día a día? ¿Inspira mis pensamientos, purifica mi corazón, fortalece mi voluntad? ¿Me lanza a predicar a Cristo sin vergüenza y con audacia y alegría?

Para rezar:

*Oh Espíritu Santo,
Amor del Padre, y del Hijo,*

*Inspírame siempre
lo que debo pensar,
lo que debo decir,
cómo debo decirlo,
lo que debo callar,
cómo debo actuar,
lo que debo hacer,
para gloria de Dios,
bien de las almas*

*y mi propia Santificación.
Espíritu Santo,
Dame agudeza para entender,
capacidad para retener,
método y facultad para aprender,
sutileza para interpretar,
gracia y eficacia para hablar.*

*Dame acierto al empezar
dirección al progresar
y perfección al acabar.
Amén.*

Solemnidad del Corpus Christi



Ex 24, 3-8



Heb 9, 11-15



Mc 14, 12-16.22-26

Idea principal: La Eucaristía es para ser celebrada (misa) y prolongada (adoración y culto).

Síntesis del mensaje: Esta fiesta del Corpus Christi nació en el siglo XIII. Jesús ha querido dárse nos como alimento para el camino, haciéndonos comulgar con su propia Persona, con su Cuerpo y Sangre, bajo la forma del pan y del vino.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, un poco de historia de esta espléndida Solemnidad del Corpus Christi. El año 1208, una joven de 17 años, Juana de Rétine, religiosa hospitalaria en Mont Cornillon (Lieja, Bélgica) tuvo la visión de una luna resplandeciente y llena pero con una mancha. Esta visión le duró dos años. Por fin la descifró: en el espléndido calendario litúrgico faltaba una fiesta de la Eucaristía. Fue el origen del Corpus Christi, cuya primera procesión se puso en marcha por las calles de Lieja el año 1245 y por las de todo el mundo a partir de 1264. A partir de la fiesta del Corpus, la fe y el entusiasmo por la Eucaristía llevó a los de Bolzano (Italia) a creer en las hostias profanadas que sangraban sangre. Y a los de Daroca (Zaragoza) del siglo XIII a creer en el milagro de los corporales que, para defenderlas contra la profanación de la soldadesca musulmana, entre sus pliegues guardaron seis hostias, que han dejado seis huellas redondas. Sólo desde la fe se pueden creer estas cosas.

En segundo lugar, la Eucaristía tiene dos dimensiones: primero, su celebración, la misa, en torno al altar; y después, su prolongación, con la reserva del Pan eucarísticos en el Sagrario y la consiguiente veneración y adoración que le dedica la comunidad cristiana. La finalidad principal de la Eucaristía es su celebración –la misa-, o sea, que los fieles comulguen con el Cuerpo y Sangre de Cristo. Pero, desde que, ya en los primeros siglos, la comunidad cristiana empezó a guardar el Pan eucarísticos para los enfermos y para los moribundos, fue haciéndose cada vez más “connatu-

ral” que se rodeara el lugar de la reserva (el Sagrario) de signos de fe y adoración hacia el Señor. La Eucaristía en la celebración es para ser comida para salud de nuestras almas y asimilar a Cristo, Pan de vida. La Eucaristía en la prolongación es para ser adorada, festejada y cantada. En la celebración de la Eucaristía entramos en comunión con Cristo al comulgarlo. En la prolongación de la Eucaristía caemos de rodillas para agradecer, adorar, contemplar y abrir el corazón ante quien está ahí sacramentalmente presente y sabemos que nos mira y nos ama.

Finalmente, este culto por Cristo Eucaristía prolongado nos debe llevar a cuidarlo siempre. De ahí la dignidad de los Sagrarios: colocados en un lugar noble y destacado, convenientemente adornados, fijados permanentemente sobre un altar, pilar, o bien empotrados en la pared o incorporados al retablo. El Sagrario debe estar construido de materia sólida (pueden ser metales preciosos como oro, plata, metal plateado, madera, cerámica y similares) y no transparente, cerrado con llave, en un ambiente que haga fácil la oración personal fuera del momento de la celebración, y por tanto mejor en una capilla separada (capilla sacramental). De ahí que junto al Sagrario luzca constantemente una lámpara, con la que se indica y honra la presencia real y silenciosa de Cristo. De ahí, la genuflexión cuando pasamos ante él. De ahí, los momentos personales de oración o “visita” ante el Señor en la Eucaristía. De ahí, la organización de la “bendición con el Santísimo” con una “exposición” más o menos prolongada y solemne para la adoración comunitaria. Son momentos que deberíamos desear, añorar y buscar, tanto personalmente como en comunidad; momentos de oración más pausada, meditativa y serena ante el Sagrario.

Para reflexionar y rezar: meditemos la secuencia de este día llamada “Lauda Sion”:

1. Canta, oh Sion, con voz solemne
al que a redimirte viene,
a tu Rey, y a tu Pastor,
2. Alaba cuanto se puede,
que a toda alabanza excede,
toda es poca en su loor.
3. De alabanza sin medida,
el pan vivo y que da vida,
alto objeto es hoy doquier.
4. Que al colegio de los Doce,
nuestra Iglesia reconoce,
dado en la cena postrer.
5. Al cantar lleno y sonoro,
con transporte, con decoro,
acompañe el corazón.
6. Pues la fiesta hoy se repite,
que recuerda del convite,
la primera institución.
7. Nueva Pascua es la ley nueva,
el Rey nuevo al mundo lleva,
y a la antigua pone fin.
8. Luz sucede a noche oscura,
la verdad a la figura,
el nuevo al viejo festín.

9. Lo que practicó en la cena,
repetirlo Cristo ordena,
en memoria de su amor.

10. Y en holocausto divino
consagramos pan y vino,
al ejemplo del Señor.

11. Siendo dogma, el fiel no duda
que en sangre el vino se muda
y la hostia en carne divina.

12. Lo que ni ves ni comprendes
con fe valiente defiendes
por ser preternatural.

13. Bajo especies diferentes
sólo signos y accidentes,
gran portento oculto está.

14. Sangre, el vino es, del Cordero;
carne el pan; mas Cristo entero
bajo cada especie está.

15. No en pedazos dividido,
ni incompleto, ni partido,
sino entero se nos da.

16. Uno o mil su cuerpo tomen,
todos entero lo comen,
ni comido pierde el ser.

17. Recíbelo el malo, el bueno:
Para éste es de vida lleno,
para aquél manjar mortal.

18. Vida al bueno, muerte al malo,
da este manjar regalado.
¡Oh qué efecto desigual!

19. Dividido el Sacramento,
no vaciles un momento,
que encerrado en el fragmento
como en el total está.

20. En la cosa no hay fractura,
la hay tan sólo en la figura,
ni en su estado ni estatura
detrimento al cuerpo da.

21. ¡Pan del Ángel, pan divino,
nutre al hombre peregrino;
pan de hijos, don tan fino,
no a los perros se ha de echar!

22. Por figuras anunciado,
en Isaac es inmolado,
maná del cielo bajado,
Cordero sobre el altar,

23. ¡Buen pastor, Jesús clemente!
tu manjar de gracia fuente,
nos proteja y apaciente,
y en la alta región viviente,
haznos ver tu gloria, ¡oh Dios!

24. Tú, que lo sabes y puedes,
y que al mortal lo sostienes;
por comensales perennes,
al festín de eternos bienes
con tus Santos, llámanos.

¡Amén -Aleluya!

Domingo 9 del Tiempo Ordinario



Dt 5, 12-15



2 Co 4, 6-11



Mc 2, 23 - 3, 6

Idea principal: Sine dominico non possumus...sin el domingo no podemos vivir.

Síntesis del mensaje: El sentido del sábado judío y del domingo cristiano es orientar nuestra vida a Dios. Este día es un recordatorio semanal de la actuación del Dios Creador y Liberador, y un reconocimiento de que Dios es el Señor del tiempo y de la historia. Es un día, por tanto, para honrar a Dios.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, el sábado judío contiene algunos elementos que anuncian lo que será nuestro domingo. El sábado judío era el día del descanso. Dios cesó de toda la tarea que había hecho (cf Gn 2, 2). Dios bendijo ese día y lo santificó (cf Gn 2, 3). Es también, más tarde, el día para la reunión sagrada (cf Lev 23, 3), para presentar ofrendas al Señor (Lev 24, 5-9). Es, además, día para recordar las maravillas que obró el Señor en Egipto, al realizar la liberación de su pueblo amado (cf Deut 5, 12-15). Es un día para imitar a Dios y para santificarse el hombre (cf Is 1, 11-19; 58, 13-14; Ez 22, 26). Esta fiesta del sábado es para todos, no sólo para quien es judío, sino también para quienes están vinculados con él (cf Ex 20, 10). Este descanso debe ser total: también los siervos y hasta el ganado deben hacer fiesta este día.

En segundo lugar, ¿por qué el cristianismo pasó el día de descanso para el domingo y no para el sábado? La razón fundamental es que el domingo celebramos la resurrección de Jesús. Y Jesús resucitó el “primer día de la semana”. Y el primer día de la semana, computado al modo judío, es el que sigue al sábado. El domingo es, desde el punto de vista histórico, la primera fiesta cristiana; más aún, durante bastante tiempo fue la única. Los primeros cristianos comenzaron enseguida a celebrarlo, pues ya hablan del domingo la primera carta a los corintios (16, 1), el libro de los Hechos (20, 27), la Didaché (14, 1) y el Apocalipsis (1, 10). Al inicio se le llamaba el

día del Señor, el día primero de la semana, el día siguiente al sábado, el día octavo, el día del sol. Hoy ya lo llamamos domingo.

Tal vez una de las más importantes tareas cristianas de la actualidad sea la de devolver al domingo su carácter sagrado, litúrgico. Devolución que entrañará dos fases: retomar nosotros mismos el carácter sacro propio de ese día; y procurar que los demás también lo comprendan y lo asuman.

He dicho devolución porque quizá la pérdida del sentido sagrado del domingo sea una de las señales más claras de esta situación de desacralización o secularismo que caracteriza al mundo actual. “Domingo”, “Día del Señor”, como queriendo decir “Día para el Señor” es uno de esos elementos en que se concentran y resumen todas las más importantes líneas de contenido del mensaje cristiano. A propósito del domingo, dice la constitución conciliar sobre la Sagrada Liturgia, número 106: “La Iglesia, por una tradición apostólica que tiene su origen en el día mismo de la resurrección de Cristo, celebra el misterio pascual cada ocho días, en el día que es llamado, con razón, “Día del Señor” o domingo. En este día, los fieles deben reunirse a fin de que, escuchando la Palabra de Dios y participando en la eucaristía, recuerden la pasión, resurrección y la gloria del Señor Jesús, y den gracias a Dios que los “hizo renacer a la viva esperanza, por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos” (1 Pe 1, 1). Por eso, el domingo es la fiesta primordial que debe presentarse e inculcarse a la piedad de los fieles de modo que sea también día de alegría y de liberación del trabajo. El domingo es el fundamento y el núcleo del año litúrgico.

Finalmente, el papa san Juan Pablo II escribió una carta sobre el Domingo el 31 de mayo de 1998. He aquí el resumen de esta carta: Domingo, día del Señor: celebración de la obra del Señor, día de la celebración de la Pascua (Pasión-Muerte-Resurrección-Ascensión) del Señor para la salvación del mundo. Domingo, día de Cristo: el día del Señor resucitado y el don del Espíritu. Domingo, día de la Iglesia: la asamblea eucarística, centro del domingo; es entorno a la eucaristía del domingo que crece y madura la comunidad, la cual tiene la misión de comunicar el Evangelio y de compartir la intensa experiencia de comunión entre todos sus miembros. Domingo, día del hombre: el domingo, día de alegría, descanso y solidaridad, con su dimensión de fiesta, envuelve al hombre en su identidad personal, familiar y comunitaria en la lógica de un modo trascendente de ser y de actuar. Domingo, día de los días: el domingo, fiesta primordial, reveladora del sentido del tiempo.

Por tanto, debemos santificar el domingo. ¿Cómo? Participando, antes que nada, de la celebración eucarística, la cual es verdaderamente, para todo bautizado, el corazón del domingo. “Sin domingo no podemos vivir”: así proclamó uno de los cristianos que sufrió el martirio bajo Diocleciano en el siglo IV en el norte de África, precisamente

porque no quiso renunciar a celebrar la Eucaristía dominical. Y también mediante la oración, las obras de caridad y la abstención del trabajo.

Para reflexionar: reflexionemos en lo que el papa san Juan XXIII en su famosa encíclica “Pacem in terris”, del 15 de mayo de 1961, a los 70 años de la “Rerum Novarum” decía en el número 252: “Para defender la dignidad del hombre como creatura dotada de un alma hecha a imagen y semejanza de Dios, la Iglesia ha urgido siempre la observancia del tercer mandamiento del Decálogo: “Acuérdate de santificar las fiestas”. Es un derecho de Dios exigir al hombre que dedique al culto un día de la semana en el cual el espíritu, libre de las ocupaciones materiales, pueda elevarse y abrirse con el pensamiento y con el amor a las cosas celestiales, examinando en el secreto de su conciencia, sus deberes hacia su Creador”.

Para rezar: Humildemente te pedimos, Señor, que después de haber celebrado en este día domingo los misterios de la resurrección de tu Hijo, sin temor alguno, descansemos en tu paz, y mañana nos levantemos alegres para cantar nuevamente tus alabanzas. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

Domingo 10 del Tiempo Ordinario



Gn 3, 9-15



2 Co 4, 13-5, 1



Mc 3, 20-35

Idea principal: el demonio existe.

Síntesis del mensaje: Así habló el Papa Pablo VI del diablo: «Una potencia hostil ha intervenido. Su nombre es el diablo, ese ser misterioso del que San Pedro habla en su primera Carta. ¿Cuántas veces, en el Evangelio, Cristo nos habla de este enemigo de los hombres? Nosotros creemos que un ser preternatural ha venido al mundo precisamente para turbar la paz, para ahogar los frutos del Concilio ecuménico, y para impedir a la Iglesia cantar su alegría por haber retomado plenamente conciencia de ella misma. Nosotros sabemos que este ser oscuro y perturbador existe verdaderamente y que está actuando de continuo con una astucia traidora. Es el enemigo oculto que siembra el error y la desgracia en la historia de la humanidad. Es el seductor pérfido y taimado que sabe insinuarse en nosotros por los sentidos, la imaginación, la concupiscencia, la lógica utópica, las relaciones sociales desordenadas, para introducir en nuestros actos desviaciones muy nocivas y que, sin embargo, parecen corresponder a nuestras estructuras físicas o psíquicas o a nuestras aspiraciones profundas» (29 de junio de 1972, noveno aniversario de su coronación).

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, el demonio existe...y si no, preguntemos a Adán y Eva (1ª lectura). Él fue el causante de que nuestros primeros padres fallasen a Dios, le desobedeciesen. El demonio les inoculó el veneno de la soberbia y rebeldía, para ser autónomos y no depender de nadie. Satanás les tocó el talón de Aquiles “ser como dioses”, es decir, sin tener que dar cuenta a nadie, ser autosuficientes, dueños de sí mismos. El proceso que el tentador siguió con ellos fue así: entró en diálogo con ellos, les inoculó la duda de la bondad de Dios, les presentó el mal como bien y ellos cedieron, cegados por la soberbia, lastimando y ofendiendo a Dios Creador y Padre. Y después que cedieron a la tentación no asumieron su responsabilidad culpando al otro. Dios, triste, tuvo que imponer su pena a nuestros primeros para que recapitasen de la gravedad del pecado.

En segundo lugar, el demonio existe...y si no, preguntemos a Cristo que tuvo que lidiar con él toda su vida terrena. Jesús habló de Satanás varias veces. Pero sobre todo, tuvo que luchar contra él. Al inicio de su ministerio, ahí estaba Satanás esperándole en el desierto para hacerle caer y así tergiversase su misión de Mesías; no ya un Mesías de cruz e infamia, sino de glorias y honores. Y como Cristo le venció, el demonio no se desanimó y le esperó para otra oportunidad, cuando estuviese más débil humanamente hablando, en el huerto de Getsemaní. Durante su ministerio cuántas veces tuvo que luchar contra Satanás y los demás demonios que habían entrado en tantos corazones (evangelio) y que le insultaban. Satanás se apoderó del alma traidora de Judas. En la cruz, fue Satanás quien gritaba por la boca odiosa de aquel turista que por ahí pasaba: “Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz”. Cristo vino al mundo para derrotar a Satanás en el mismo campo donde él había vencido: en el hombre, desde que lo creó. Y Cristo le ganó con su pasión, muerte y resurrección.

Finalmente, el demonio existe...y si no, preguntémonos a la Iglesia, a la sociedad y a nosotros mismos. ¿Quién provocó tantas herejías, cismas a lo largo de los siglos? Sólo podía ser el gran provocador, Satanás, que tantas veces puso la zancadilla en el camino. Nuestra sociedad hoy en muchas partes ha apostatado primero de la Iglesia, luego de Cristo, y ahora de Dios. ¿Cuántas leyes inicuas están promulgando en algunos Estados! ¿Quién está dirigiendo esta sinfonía infernal sino Satanás, príncipe de este mundo como lo llamó Cristo? ¿Quién no ha sido tentado por el demonio, ya sea en la carne, ya sea en el espíritu? Todos hemos sido tentados por esta fuerza malévol, por este ser misterioso y horrible, para que desobedezcamos a Dios y pasemos a sus filas.

Para reflexionar: La demonología es un capítulo «muy importante» de la teología católica y que hoy en día se descuida demasiado. Existe una laguna en la enseñanza de la teología, en la catequesis y en la predicación. Y esta laguna solicita ser colmada. Estamos ante «una de las necesidades más grandes» de la Iglesia en el momento presente. ¿Quién lo habría previsto? La catequesis de Pablo VI sobre la existencia e influencia del demonio produjo un resentimiento inesperado por parte de la prensa. Una vez más, se acusó a la Cabeza de la Iglesia de retornar a creencias ya superadas por la ciencia. ¡El diablo está muerto y enterrado! – nos quieren hacer creer. El Papa Francisco también ha hablado varias veces del demonio: “La presencia del demonio está en la primera página de la Biblia y la Biblia termina también con la presencia del demonio, con la victoria de Dios sobre el demonio... Vigilemos siempre, pues ¡jamás el demonio ha sido expulsado para siempre! Sólo el último día lo será” (En santa Marta, 13 de octubre 2014).

Recemos la oración a san Benito: “Glorioso Padre Benito, ayúdanos en la lucha contra el demonio, el mundo y la carne. Aleja de nosotros cualquier influencia maligna, las tentaciones, el poder del Mal, los peligros para nuestro espíritu y para nuestro cuerpo. Ayúdanos a confiar en el Amor de Dios nuestro Padre, en la Fuerza de Cristo nuestro Salvador, y en la Presencia del Espíritu Santo nuestro Defensor. Amén”.

Domingo 11 del Tiempo Ordinario



Ez 17, 22-24



2 Co 5, 6-10



Mc 4, 26-34

Idea principal: El Reino de Dios es como una planta.

Síntesis del mensaje: Este Reino como planta comienza primero como sencilla semilla el día de nuestro bautismo. Viene el tallo débil. Con el agua y el sol de la gracia y de los sacramentos, esa planta crece y se convierte en árbol con hojas, flor y fruto. Y nos da sombra y nos alimenta.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, ese Reino de Dios comenzó humilde con doce hombres débiles. Jesús plantó esa semilla en el interior de esos hombres pescadores. Fue regando esa semilla con el agua de su Palabra y con el abono y nutriente de su sangre. Y ese Reino iba creciendo en la mente, en el corazón y en la voluntad de los apóstoles. ¡En tres años de vida pública cuánto cambio en esos pobres y sencillos hombres! Su mente hecha sólo de categorías humanas –pesca, impuestos, ambiciones, fanatismos- fue abriéndose a la dimensión trascendente: pesca de hombres, impuestos compartidos, ambiciones convertidas en espíritu de servicio, y fanatismos, en apertura y respeto por todos. Su corazón que estaba circunscrito al grupo de sus familiares y amigos fue dilatándose y abriendo a otras culturas a las que también estaba destinada esa semilla del Reino de Cristo. Y cada uno de los apóstoles fue a evangelizar por estos pueblos de Dios con una voluntad de hierro. En el año 150 pudo decir Tertuliano: “Somos de ayer y llenamos el mundo”. Y el huracán llamado Saulo de Tarso que viajó por Asia, Grecia, Roma... fundando comunidades eclesiales y llevando el polen de esa planta del Reino, aunque esto le supusiera hambres, cárcel, torturas, naufragios y peligros sin fin.

En segundo lugar, ese Reino de Dios fue creciendo y extendiendo sus ramas allá donde le permitían, llegando a lugares insospechados donde había imperios imponentes con

árboles añosos y culturas bimilenarias, pero donde faltaba la savia divina y evangélica. Y así ese primer grupo de pescadores fue expandiéndose por el mundo, formando la Iglesia. Iglesia que es el fruto de la muerte de Cristo, regada con su agua, vivificada con su sangre; agua y sangre que brotaron de su costado abierto. Los apóstoles, después de Pentecostés salieron y extendieron sus ramos, haciéndose árbol frondoso, donde muchos de sus frutos fueron comidos por las fieras, otros pisoteados, burlados; y algunos fueron saboreados por almas hambrientas de paz, amor, justicia y felicidad. Y después de los apóstoles muchos misioneros, dejando sus patrias y familias, se embarcaban a mundos desconocidos, con el único imperativo interior de llevar la semilla de ese Reino de Cristo: el Nuevo Mundo de América, Asia, África y Oceanía. No fue fácil la expansión de esa semilla, de siglo en siglo. En algunas épocas fue sofocada por la moral decadente, por el poder arbitrario de los Estados absolutistas, por las herejías que trataban de mezclar la buena semilla con cizaña, por apostasías que clamaban al cielo, por filosofías ateas, por ideologías de cuño marxista, liberal, hedonista y materialista; por grandes tempestades y huracanes que querían destruir esa semilla, y, lógicamente, apenas había espacio para germinar.

Finalmente, ese Reino de Dios quiere también crecer en cada uno de nosotros, interiormente. Para ello tenemos que dejar abierta nuestra mente para que entre y puedan cuajar los criterios evangélicos. Para ello tenemos que abrir el corazón para que esa semilla se cuele y purifique nuestros afectos limpiándolos y elevándolos con la caridad de Cristo. Para ello tenemos que permitir que la semilla del evangelio encuentre un hueco en nuestra voluntad y provoque la revolución de la conversión del pecado a la gracia.

Para reflexionar: ¿cómo están las raíces de mi árbol cristiano, fuertes porque están alimentadas por la Palabra y la Eucaristía? ¿cómo está el tronco: firme o a punto de caer ante el primer vendaval? ¿Y las hojas: verdes o secas? ¿Estoy dando frutos sabrosos de virtudes? ¿Comparto esos frutos en mi familia, en mi trabajo, en mi parroquia, entre mis amigos? ¿Cuántos “pájaros vienen a cobijarse a la sombra de mi árbol”?

tSeñor, sigue regando y abonando con tu gracia el árbol del Reino que ha crecido en mi interior para que llegue a la madurez y dé frutos de vida eterna. Y dame fuerzas y coraje y osadía para llevar el polen de mi buen ejemplo y de mi palabra convencida y sincera a fin de que llegue a todas las extremidades de la tierra y queden fecundadas con la semilla de tu Evangelio.



Acueducto Río Hondo #218
Col. Lomas Virreyes México, DF. C.P. 11000
Tels: (55) 5520.5411 / (55) 5520.5585
www.centrologos.org